ELOGIO CHRISTIANO

DEL

B. SEBASTIAN DE APARICIO,

QUE EN LA SOLEMNE FUNCION
CON QUE SU MADRE LA APOSTÓLICA PROVINCIA
DEL SANTO EVANGELIO DE MÉXICO
LE TRIBUTÓ EL PRIMER CULTO
EN EL CONVENTO DE LAS LLAGAS DE N. S. P. S. FRANCISCO
DE LA PUEBLA DE LOS ANGELES,
DONDE EXISTE EL SANTO CUERPO INCORRUPTO,

PRONUNCIÓ
EL DIA XXVI. DE OCTUBRE DEL AÑO DE M. DCC. XC.
EL R. P. FR. JOSEPH MIGUEL DE AGUILERA CASTRO Y SOTOMAYOR, Franciscano Observante, Lector de Sagrada Teología en el Convento grande de México:

QUIEN LO DEDICA
Á NOMBRE DE LA EXPRESADA PROVINCIA
AL ILLMÔ. SEÑOR DOCTOR
DON SALVADOR BIEMPICA Y SOTOMAYOR,
CABALLERO DEL ORDEN DE CALATRAVA, OBISPO DIGNÍSIMO DE LA PUEBLA DE LOS ANGELES, DEL CONSEJO DE S. M. &c.



MEXICO:
POR DON FELIPE DE ZÚÑIGA Y ONTIVEROS, CALLE DEL ESPÍRITU SANTO, AÑO DE 1791.

✠

AL ILLmô. SEÑOR DOCTOR

DON SALVADOR BIEMPICA Y SOTOMAYOR,

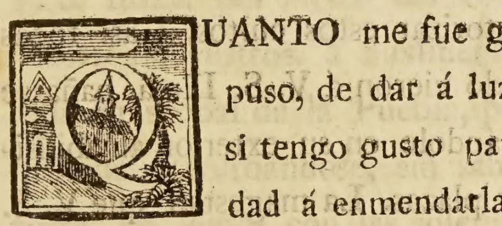
CABALLERO DEL ORDEN DE CALATRAVA, OBISPO DIGNÍSIMO DE LA PUEBLA DE LOS ANGELES, DEL CONSEJO DE S. M. &c.

Á NOMBRE DE LA PROVINCIA

DEL SANTO EVANGELIO DE MÉXICO.

Fr. Joseph Miguel de Aguilera.

SEÑOR.



QUANTO me fue gravoso el precepto que se me impuso, de dar á luz este Elogio, cuya irregularidad, si tengo gusto para dicernirla, no alcanza mi habilidad á enmendarla, se me convirtió en complacencia y agrado, al intimarme esta mi Apostólica Provincia que á V. S. Illmâ. debia yo dirigirlo, como en un tal qual obsequio por sus distinguidos honores. La sentencia del Gran Padre de la Iglesia: (1) *Es util que de unos mismos asuntos se hagan composiciones diversas, porque así se consigue, segun la diferencia de gustos, que se extienda mas su noticia*: como me traia á la memoria las bellas producciones de los Oradores sabios, que estan para pu-

bli-

(1) *Utile est libros plures à pluribus fieri diverso stilo, etiam de quaestionibus eisdem, ut ad plurimos res ipsa perveniat, ad alios sic, ad alios autem sic.* S. Aug. lib. 1. de Trinit. cap. 3. parag. 5. pág. 752. tom. 8.

blicarse, sobre las virtudes del Beato Sebastian de Aparicio, mas que de determinativo, servia para intimidarme, de suerte, que ella nunca hubiera sido poderosa á resolverme, si no contemplara que V. S. Illmâ. es Mecenas de este Elogio: su objeto es á V. S. Illmâ. tan singularmente agradable, que estoy persuadido á que há de aceptar con benevolencia, y acoger baxo su proteccion Pastoral, hasta el dón mas pequeño que con sinceridad se consagre á las glorias del Bienaventurado Aparicio.

Y en efecto, Señor, despues de las demostraciones públicas que V. S. Illmâ. há dado de su devocion tan tierna, del anhelo con que desea promover los cultos de este Bienaventurado, ¿qué lugar le queda á la desconfianza, para dudar de su beneplácito en la aceptacion de estos dones? Un concurso inmenso de toda clase de gentes, que atraxo la piedad á las funciones celebérrimas, con que en diez y siete dias continuos se solemnizó el nuevo Beatificado, es testigo de los esfuerzos con que se empleó el poder de V. S. Illmâ. en engrandecer y autorizar estos cultos. Casi todas las Provincias de su vasto Obispado vieron á V. S. Illmâ. bañarse de tal regocijo y júbilo, que rebozándole en su exterior amabilísimo, lo derramaba por las calles y plazas. La magestad que V. S. Illmâ. dió á los augustos Misterios, celebrándolos de Pontifical los dos principales dias, y asistiendo, por lo comun, en los otros: sus influxos para el adorno del Templo, el mas rico y mas hermoso: la generosidad con que concedia las gracias, y distribuia los premios: la humanidad con que se presentaba en medio del inmenso Pueblo, animando con su presencia dulcísima su devocion y alegria: todo Señor: nada, en una palabra, se advertía en V. S. Illmâ. que no fuera un testimonio notorio del singularísimo agrado que tiene en qualquiera cosa que ceda por algun modo en honor del Beato Sebastian de Aparicio.

¿Pero

¿Pero qué mucho? Hablo por lo que á mi toca: Yo, aun antes de ver tales cosas, estuve siempre tan firmemente seguro de esta verdad, que al observarla, adoraba en mi interior los rumbos misteriosos de la Providencia divina: porque al advertir como Dios elevaba á V. S. Illmâ. al alto grado de honor que posee, veía formarse en su sagrada Persona un resplandeciente Patrono, un Promotor brillante y poderoso de las glorias del Beato Sebastian de Aparicio: y ello, Señor, es ciertísimo, que no es el mundo quien da lo que se llama fortuna, la luz de la Religion nos enseña, que nada se le debe al acaso: con que todo el explendor y grandeza que en V. S. Illmâ. hacen su elevado caracter, deben ser efecto sólo de los designios que Dios formó sobre su Persona para sus particulares fines. Pues Dios le preparó á V. S. Illmâ. una cuna tan distinguida, que su nobleza se sostenia en unas Casas, de las que hán engrandecido mas á Galicia. El afecto que heredó de sus Casas á la Religion Franciscana, Dios lo fomentó en el corazon de V. S. Illmâ. por medio del cultivo de las letras, que recibió en nuestros Claustros. Y finalmente, Dios exâltó á V. S. Illmâ. á la Silla Episcopal de la Puebla, pero en unas circunstancias tan raras, que perturbándose, sin saber como, el orden regular de las cosas, no vimos con las solemnidades necesarias el Breve Apostólico de la Beatificacion de Fray Sebastian de Aparicio, hasta el tiempo en que V. S. Illmâ. arribó felizmente á su Obispado.

Mas despues de todo, Señor, ¿hé de recelar que ahora desprecie V. S. Illmâ. escrito, lo que no se dedignó de escuchar con complacencia? No sé quanto admiré la bondad de V. S. Illmâ. y su amor al Santo Aparicio, quando teniendo yo el honor de proferir este Elogio en su presencia, y habiendo llenado aquel tiempo regular que há prescrito la costumbre á estos discursos sagrados, al querer concluirlo, considerando que molestaba su atencion tan

 respe-

respetable, me mandó V. S. Illmâ. con demostraciones de benignidad y agrado, que continuara á mi arbitrio, y pacientísimamente sufrió una Oracion fastidiosa por todas sus circunstancias, interrumpiendo por un dilatado espacio el Sacrosanto Sacrificio, que con extraordinaria solemnidad celebraba V. S. Illmâ.

Tales son los motivos que me aseguran el beneplácito de V. S. Illmâ. y me inspiran una entera satisfaccion para presentarle este Elogio, por defectuoso que sea. Y tanto, Señor, que quedo con la vanidad de ser el instrumento por quien esta mi Apostólica Provincia le da el destino mas propio, como tambien de haber logrado ocasion en que ofrecerle á V. S. Illmâ. un testimonio durable en obsequio el mas justo por las honras que nos ha hecho, expresándole por este medio mi profundo rendimiento, y el amor con que ruego á Dios prospere á V. S. Illmâ. por muy dilatados años, para bien de su Iglesia, y Columna de la Religion Católica.

Convento grande de N. S. P. S. Francisco de México y Abril 8. de 1791.

APRO-

APROBACION DEL SR. DR. y MRÔ. D. JOSEPH SERRUTO, Tesorero Dignidad de esta Santa Metropolitana Iglesia.

Exmô. Señor.

EL nombre solo del R. P. Lector Fray Joseph Miguel de Aguilera, que se há merecido tan general y alto concepto con sus producciones, autoriza esta de modo, que podria yo, sin peligro, hacer su aprobacion y su elogio antes de leerla. Pero obligándome felizmente el superior Orden de V. E. á la complacencia de su leccion, la hé cumplido curiosa y exâctamente, sin hallar en ella cosa que ofenda á las Regalías y Leyes sobre impresion: por lo que la juzgo digna de darse á luz.

Casa y Abril 6 de 1791.

Joseph Serruto.

LICENCIA DEL SUPERIOR GOBIERNO.

EL Exmô. Señor Don Juan Vicente de Guemez Pacheco de Padilla Horcasitas y Aguayo, Conde de Revilla Gigedo, Baron y Señor territorial de las Villas y Baronías de Benillova y Rivarroja, Caballero Comendador de Peña de Martos en la Orden de Calatrava, Gentil Hombre de Cámara de S. M. con exercicio, Teniente general de sus Reales Exércitos, Virrey, Gobernador y Capitan general de Nueva España, Presidente de su Real Audiencia, Superintendente general Subdelegado de la Real Hacienda, Minas, Azogues, y Ramo del Tabaco, Juez Conservador de éste, Presidente de su Real Junta, y Subdelegado general de Correos en el mismo Reyno, vista la Aprobacion que precede, concedió su licencia para la impresion de este Sermon por Decreto de 9 de Abril de 1791.

PARE-

PARECER DEL DOCTOR DON JOAQUIN GALLARDO
Cura de la Parroquia de Santa Maria la Redonda de esta Corte.

Señor Provisor.

SI no hubiera yo tenido la felicidad de haber oido muchas ocasiones, y siempre con admiracion, al R. P. Fr. Joseph Miguel de Aguilera Castro y Sotomayor, Autor del Elogio Christiano del Beato Sebastian de Aparicio, que V. S. se dignó remitir á mi censura, sorprendido al reconocerlo, lo calificaria desde luego una produccion tan perfecta como rara; pero como aunque en esta pieza, verdaderamente oratoria, se admire la pureza del estilo, como la solidez de los pensamientos, la amenidad de sus tropos y figuras, y sobre todo el apoyo firmísimo de la voz soberana, y de las fuentes puras de los Santos Padres, para atraer y establecer en los ánimos una moral verdaderamente christiana, ¿quien será el que no admire lo mismo siempre que el Autor, ó bien exhorte á los Fieles en el Púlpito, ó bien controvierta, dispute, y defienda en las Escuelas y Cátedras? Con razon su Provincia sacratísima, sostenida siempre con la mayor firmeza de la sabiduria de sus hijos, le puso á su cargo el desempeño de su mayor gloria en la Ciudad de la Puebla, teatro en que resplandecieron mas las virtudes del siempre grande Aparicio, que la hará respetable á la posteridad con solo estar colocada en ella sus Reliquias: Con razon le destinó para que él fuera el que elogiara el fruto primero que coloca en los Altares en esta América Septentrional, creciendo desde luego su satisfaccion y honor en los aplausos que se tributan á este Hijo verdaderamente sabio. No tiene duda, en el Elogio que hace con sencillez, sin afectacion, con espíritu, con nervio, con eficacia, de la simplicidad del Beato Aparicio, supo unir la prudencia de la serpiente, con la simplicidad de la paloma, y poniendo á la luz pública la vereda, no trillada, de este Héroe de perfeccion, descubre á todos, para que sean perfectos, un sendero tanto mas seguro, quanto mas acomodado á todos estados y gentes. Con esto hé dicho que nada tiene en que no reluzga triunfante la Fé santa que profesamos; y no habiendo en él cosa opuesta á nuestra Legislacion, ni á los Derechos del Soberano, puede V. S. siendo de su superior agrado, conceder su licencia para la impresion que se solicita.

Dios nuestro Señor guarde á V. S. muchos años. Parroquia de Santa Maria de México 2 de Mayo de 1791.

Señor Provisor.

Dr. Joaquin Gallardo.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

EL Sr. Lic. D. Juan Cienfuegos, Juez Provisor, y Vicario general de este Arzobispado, visto el antecedente Parecer concedió su licencia para la impresion de este Sermon, por su Decreto de 4 de Mayo de 1791.

PARE-

PARECER DEL R. P. Fr. MIGUEL TADEO DE GUEVARA, Lector Jubilado, y Comisario Visitador del Tercer Orden de N. S. P. S. Francisco en esta Corte de México.

M. R. P. N. Ministro Provincial.

OBedeciendo gustoso el superior Orden de V. P. R. ley despacio, con atencion y reflexa el Christiano Elogio, que en celebridad de la Beatificacion del Siervo de Dios nuestro Fray Sebastian de Aparicio predicó en la Puebla el Padre Lector de Teología de este Convento grande Fray Joseph Miguel de Aguilera; y aunque advertí lo difuso de la pieza, no me pareció redundancia ni defecto, segun el dictamen de Casiodoro: *Nihil redundans judicandum est, ubi totum eruditioni, & utilitati deservit.* Pues á mas de que el caso y las circunstancias lo piden; está sembrado de erudicion, que conciliada con la dulzura, sirve de grande utilidad; porque provoca á la imitacion de las virtudes del Santo, á impetrar y disfrutar su proteccion en esta vida por el gran valimiento que tiene con Dios.

Este es, y debe ser el fin de los Oradores Evangélicos, que desean sembrar con fruto la palabra divina, quando les es preciso contraerlas á la historia de las vidas de los Santos en los Panegíricos; de suerte que se há de emplear lo mas florido y sutil del arte y del ingenio, á fin de hacer ver lo heroico y singular de las virtudes y gracias de los Héroes, no tanto para la admiracion de los hechos, quanto para excitar en los Fieles el deseo de imitar las acciones que hicieron dignos á los Santos de los cultos que les tributa la Iglesia, y de la gloria que yá gozan en el Cielo en premio de sus trabajos y peleas. Es cierto que los Amigos íntimos de Dios no necesitan de nuestras admiraciones y aplausos; nosotros somos los que necesitamos de seguir sus pisadas, de imitar sus exemplos, y de conciliarnos su poderoso patrocinio; por esto quiere la Santa Iglesia, sí, que se prediquen sus virtudes, que se elogien sus hazañas y triunfos, que se solemnizen sus fiestas, pero con la mira de nuestro espiritual provecho.

Este resultará, sin duda, leyendo con atencion y afecto la presente Oracion, en la que hé observado un juicio sólido, el asunto muy propio, digerido con exâctitud, y siempre de acuerdo con el decoro. Buen manejo de figuras, de similes elegantes, de oportunos exemplos: el estilo, como dice el muy ilustre Feijoo, es grave, dulce, terso y natural, gala propia con que se debe vestir la palabra de Dios, y qual requiere la magestad del Púlpito: en cuya atencion se le puede aplicar al Autor aquel verso de Oracio: *Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci.* Por tanto soy de parecer que V. P. R. le honre con la licencia para imprimirle; porque sería gran desconsuelo que una funcion tan sagrada, tan religiosa y lucida no se publicase, saliendo á luz, cuya memoria se perpetúa en los moldes: asi parece lo tiene prevenido el Eclesiástico quando dice: *Laudemus viros gloriosos, quorum memoria in benedictione est:* á lo que se agrega no contener el Sermon cosa alguna que desdiga á las verdades de nuestra Santa Fé, ni que se oponga á la Moral christiana, y Regalías de S. M. que Dios guarde. Asi lo siento; *salvo meliori*, en esta Tercera Orden de N. P. S. Francisco de México á 18 de Marzo de 1791.

M. R. P. N.

B. L. M. de V. P. R. su mas reverente Súbdito y humilde Siervo que le estima y venera

Fr. Miguel de Guevara.

FRAY

FRAY FRANCISCO GARCIA FIGUEROA DE LA REgular Observancia de N. S. P. S. Francisco, Lector Jubilado, Calificador propietario del Santo Oficio, Padre ex-Ministro, y Ministro Provincial de esta Provincia del Santo Evangelio, Custodias de Támpico y Nueva México, Monjas de Santa Clara, Hermanos del Tercer Orden de Penitencia, y Siervo &c.= Al P. Fr. Joseph Miguel de Aguilera Lector de Sagrada Teología en este nuestro Convento grande, é hijo de esta sobredicha Provincia, salud y paz en nuestro Señor Jesuchristo.

POR virtud de las presentes firmadas de mi mano y nombre, selladas con el Sello mayor de nuestro Oficio, y refrendadas de nuestro Secretario, concedemos á V. R. nuestra bendicion y licencia, para que, obtenidas las demas necesarias, pueda dar á la prensa el Sermon que predicó en la solemnidad de la Beatificacion del Bienaventurado Sebastian de Aparicio, que celebró la misma Provincia el dia 26 de Octubre del año próximo pasado de 1790. en el Convento de las Llagas de N. P. S. Francisco de la Puebla, atento á que visto y reconocido de orden nuestra, no contiene cosa alguna contra nuestra Santa Fé, buenas costumbres, ni Regalias de S. M. (Dios le guarde.) Dadas en este nuestro referido Convento grande de México en veinte y seis dias del mes de Marzo de mil setecientos noventa y un años.

Fray Francisco Garcia Figueroa.
Ministro Provincial.

Lugar ✠ del Sello.

P. M. D. S. P. R.

Fr. Joseph Manuel Pedrosa.
Secretario.

R. T. de Pat. f. 198.

Pius


Retrato del
B. Sebastian de Aparicio
Religioso Observante de
la Provincia del S.ta
Evang.o d. Mexico.
Fran Casanova d.t, & sc.t Mex.t 1769
Calle de la Profesa. Garcia.



Pius Papa VI. facultatem concedimus, atque impertimur, ut Dei Servus Frater Sebastiani ab Aparicio, Beati nomine nuncupari, ejusque Corpus & Reliquias venerationi Fidelium exponi, Imagines quoque radiis, & explendoribus exornari, Officiumque, & Missam juxta Ritum Missalis, & Breviarii Romani recitari, liberè, ac licitè, possit, & valeat.

Pio Papa VI. concedemos, y damos nuestra facultad, para que libre, lícitamente, y sin contravencion al derecho, pueda dársele el nombre de Beato al Siervo de Dios Fray Sebastian de Aparicio: así mismo, para que su Cuerpo, y sus Reliquias se expongan á la veneracion de los Fieles: tambien para que sus Imágenes se adornen con rayos, y resplandores: y finalmente para que se celebre su Misa, y Oficio segun el Rito del Misal, y del Breviario Romano.

Son las claúsulas expresas del Breve de la Beatificacion de Fray Sebastian de Aparicio, dado en Roma á 27 de Marzo de 1790.

HÁ beatificado la Iglesia á Fray Sebastian de Aparicio. ¡Qué hombre tan extraordinariamente grande! ¡Qué asombro de santidad! ¡Y que yo, que desde niño, le erigí siempre altares en mi corazon por inclinacion natural, con quien despues me unió estrechamente el vínculo de la profesion religiosa, y á quien ahora, entre otros beneficios insignes, soy deudor de mi vida y mi salud: que yo, Iglesia Santa de Puebla, no pueda expresarme aquí, segun lo exîgen mi devocion, mi amor, y mi gratitud! ¡Ay Madre mia, Provincia tan respetable del Santo Evangelio de México, oigo tronar en mi pecho aquella voz formidable de David! *Pecador, ¿como te atreves á anunciar los premios con que mi Justicia ha coronado á mis Siervos?* (1) Y con todo ¿he de ser el que hable en el dia grande de tu gloria y regocijo? Yá veo, que imponiendo silencio á tantos Varones ilustres en literatura y virtud, y haciendo que hable quien solo debia callar, lo que intentas es humillarme, precisándome con el empeño á conocerme á mi mismo, corregirme, poniéndome en la necesidad de estudiar con reflexîon las virtudes heroicas de mi Santo Hermano Aparicio: pues si lo has dispuesto así, no me queda mas arbitrio, que obedecer ciegamente, como me fuere posible: vamos en derechura al asunto: necesito mucho el tiempo.

El Breve de N. SSmô. Padre Pio VI. que decide sobre la Beatifi-

(1) *Peccatori autem dixit Deus ¿quare tu enarras justitias meas.* Psalm. 49. ℣. 17.

cacion de Fray Sebastian de Aparicio, es el que nos ha comunicado el impulso, para que con los mayores esfuerzos procuremos hacer esta Beatificacion celebérrima en toda la Iglesia de Dios, perpetuando eternamente su memoria en nuestra posteridad: tan sublime así es la idea que debemos formar del objeto de estos cultos, y la que yo, aunque sin aquella brillantez que correspondia á su grandeza, procuraré promover. El Breve de la Beatificacion de Fray Sebastian de Aparicio califica por elevada y heroica una conducta la mas llana, la mas comun y sencilla: pues la heroicidad, que quanto mas se admira en los Santos, otro tanto nos parece comunmente inimitable: esa heroicidad que asombra, llega á hacerse tan facil, tan familiar, si se atiende la conducta de Aparicio, que se vuelve asequible en toda su perfeccion á toda clase de gentes. Consta por el mismo Breve, que á proporcion de esa santidad heroica adquirió Fray Sebastian de Aparicio un valimiento singular para con Dios, y sobre la naturaleza un poder incomprehensible: pues nosotros y nuestra posteridad tenemos unos títulos legítimos, y los derechos mas justos para esperar todo género de bienes de su amparo y proteccion. ¿No deberá, segun esto, ser su Beatificacion celebérrima en toda la Iglesia de Dios, y perpetuarse eternamente su memoria en nuestra posteridad?

Mas breve, lo diré en dos expresiones: ¿Reyna con Jesuchristo en la Gloria Fray Sebastian de Aparicio? Pues toda clase de gentes es capaz de heroicidad: qualquiera, qualquiera puede ser un gran Santo, y por unos caminos muy fáciles, muy sencillos: á esto llamo yo interés de la Iglesia universal, y será mi primer punto. ¿Reyna con Jesuchristo en la Gloria Fray Sebastian de Aparicio? Pues es imposible que vea con indiferencia la felicidad de los que por fortuna nuestra habitamos estos Paises: debemos estar seguros de que la ha de promover por todos los modos posibles: á esto llamo yo intereses nuestros, particularmente propios, y será el segundo punto. La simplicidad Evangélica, la santa, la inestimable sencillez con que Fray Sebastian de Aparicio enseña á todos á ser Santos facilmente, con que Fray Sebastian de Aparicio adquirió tan gran poder para nuestra proteccion especial: ved aqui el fondo de mi discurso, y la materia mas oportuna para estos desgraciados tiempos, en que esta virtud hermosísima se ve casi desterrada del mundo, en donde únicamente reyna el doblez, el artificio, el engaño, baxo el falso nombre de sagacidad y política. Espíritu Santo, que con un especialísimo modo asistes siempre á tu Iglesia, yá veo que para el siglo diez y ocho, cuyos brillos funestísimos, cuya civilidad tan perversa y detestable ha relaxado toda la Moral christiana, reservaste la Beatificacion de un Aparicio, en quien tanto resplandeció la sencillez, el candor, y adoro tu Providencia! Tú gobernaste siempre con una particularísima gracia todas las acciones de este Héroe: pues ahora ilumina mis potencias, agilita y purifica mis labios, para que dignamente y con fruto pueda anunciar los prodigios que obró tu virtud en el sencillo corazon de tu Siervo.

Ayudadme, Christianos, á implorar la intercesion de Maria nuestra Señora, para que se me conceda esta gracia.

AVE MARIA.

SEÑOR.



I yo pudiera delinear con viveza lo que es un hombre sencillo: un hombre que ignora la afectacion, que aborrece la cabilacion y el engaño, que obra en todo con naturalidad y franqueza, cuyos procedimientos siempre son limpios, dirigidos por una intencion recta y pura, ¡con qué evidencia no dexaría demostrado, que este hombre habia de agradar mucho á Dios, habia de ser el mas útil para el trato y sociedad, y que se habia de disponer las mejores proporciones para hacerse por todas partes feliz! Y entonces ¡con qué nervio hiciera ver, como la santa sencillez facilita la asecucion de las verdaderas virtudes, quienes únicamente son capaces de darles á nuestras almas una sólida grandeza! Pero si yo haria agravio á esta inestimable virtud, al querer representar con los colores muertos de mis débiles alcances la facilidad, con que eleva á qualquiera hombre al heroismo mas sublime; la Beatificacion de Fray Sebastian de Aparicio asegura, que sus hechos, regulados siempre por la santa sencillez, son unas lecciones prácticas, que dan á conocer á esta, segun toda su belleza: comenzemos á observarlos.

Nació nuestro Sebastian en la Villa de Gudiña, poco distante de Orense: y como el Héroe solo se pueda hallar en sí mismo, porque la verdadera grandeza no se forma sino en el corazon de cada uno, nada cuidó la Providencia divina de distinguir á Aparicio con aquellos resplandores magníficos, que hacen un nacimiento ilustre á los de ojos de los hombres; antes bien, por efecto de una predileccion especial, insensiblemente lo habia alejado de la gloria con que en los bustos, en los geroglificos es célebre el Apellido de *Prado*, tan recomendable en Galicia. Á su nacimiento solo lo honró la virtud, acompañándole inseparablemente despues, qual única verdadera nobleza, la religiosidad, la obediencia, la humildad, con todas aquellas otras virtudes, que tanto celebra la Escritura en la niñez de Tobias. (1)

Como gozaba de tan bellas disposiciones la alma de nuestro Aparicio, las costumbres sencillas de los que cultivan los campos inspiraron tal carácter en sus obras, que en todas se dexaba ver la simplicidad christiana, semejante á un fondo apacible y limpio, ó á una tersura, que al mismo tiempo que prodigiosa, hacía muy amables sus virtudes. ¿Quanto llegó á agradar á los hombres un Niño, en quien se advertia una ancianidad anticipada, una prudencia madura: un Niño que siempre dominó su apetito, á quien nunca pudieron fascinar las apariencias del mundo? Basta leer simplemente sus historias. ¿Pero quanto agradó á Dios? Es una prueba de las mas demostrativas el milagro (ó la multitud de milagros) con que le conservó prodigiosamente la vida, haciendo que entrase una Loba en las ruinas del Edificio (en donde lo habia ocultado su

4

(1) Tob. 1.

Madre para libertarlo de la infeccion de los Hospitales comunes (1)) que rompiendo con los dientes la landre ó carbunclo, que le quitaba irremediablemente la vida, lo purificó despues con la lengua de las podres corrosivas. Dixe multitud de milagros, porque refrenar la voracidad de una fiera tan sangrienta: hacer que convirtiera su ferocidad en compasion y ternura: que fuese el antídoto el veneno mismo de un bruto, que solo con el aliento inficiona: fortalecer el pecho de un Niño para que no temiese en la lobreguez de la noche, sin alguna compañia, y á presencia de una bestia tan horrible: son circunstancias, que á mi me parece exceden la substancia del milagro. ¡Pero qué pruebas menos equívocas de lo que con su simplicidad llegó á agradar á Dios aquel Niño! Lo dice el Espíritu Santo, (2) que al Justo si le quita Dios la vida, es porque no lo llegue á pervertir la malicia: luego si se la conserva, y á costa de tan extraordinarios prodigios, ¿como se podrá dudar, que complaciéndose en él, quiere complacerse mas, previendo que su sencillez ha de preservar su inocencia, y ha de aumentar su virtud? Despues de eso, ¿los progresos de su vida pudieran corresponder á otros principios, que no tuvieran por fundamento esencial la sencillez mas sublime? Vaya, no ocupemos el tiempo solo en formar congeturas; y si para producir hechos positivos que asombran, ninguno sería bastante, aprovechemos siquiera el que la costumbre há prescripto á estos discursos, notando precisamente los que por su heroicidad rarísima parezca, que contribuyen mas al intento.

Yá no perdais un punto, Señores: desde aqui todo tiene movimiento, todo está animado en la historia de Aparicio, todas son demostraciones del poder de la santa sencillez: si no, imaginad libremente las pruebas mas peligrosas á que se puede exponer una juventud lozana: prevenid los asaltos mas violentos, los ímpetus mas furiosos de aquella pasion ardiente, que tiraniza el corazon del hombre con los mas deliciosos hechizos: que esos, esos son los escollos con que se encuentra Aparicio en el punto mismo que á los veinte años se separa de la Casa de sus Padres. En su presencia, á solas, á deshoras de la noche, una Señora noble, hermosa, rica y viuda, se despoja, con un ayre deshonesto, de sus ropas interiores. La hija de un principal Ciudadano (quien no se hubiera negado á qualquiera pretension de su valido Aparicio) poseida de una desenfrenada pasion, le trata con desenvoltura de la entrega de su cuerpo, baxo el pretexto de ofrecerse por su Esposa; mas viendo que el casto Joven se desentendia de las promesas, los alhagos, y todos aquellos incentivos infernales de que se vale una lascivia irritada, se le arroja al

---

(1) Los Regidores de la Villa de Gudiña, recelando que se consumiese el Lugar con el contagio de una peste formidable, ordenaron que los que se hallasen tocados fueran conducidos indispensablemente, y sin excepcion de clases, á una Casa que señalaron en el campo con proporcionada distancia. La Madre de Fr. Sebastian de Aparicio por no verse precisada á separar de sí á su amable y tierno hijo, y para tener la satisfaccion de asistirlo, lo depositó ocultamente en un Edificio arruinado que conservaba aún una maltratada pieza. *Fr. Isidro de San Miguel en su hist. pág. 3. cap.* 2.

(2) *Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius.* Sapient. cap. 4.

lecho en la quietud de la noche, y....¡gran Dios, gran Dios, qué peligros tan terribles! estrechándolo en sus brazos le dice dos mil emponzoñadas caricias. No obstante, si por huir de esto Aparicio se retira á una heredad, luego que oye á un Joven interponer el nombre sacrosanto de Dios, para que admita en depósito á una Señorita de lo principal de Ayamonte, debiendo ausentarse el Raptor por huir de la Parentela, que los perseguia vivamente, responde con sencillez, *que por servir á Dios lo haria de muy buena gana*; y se quedó solo, con un enemigo en casa, que á todas horas, en quarenta dias continuos, le tiende capciosamente los lazos de la lascivia para hacer tropezar su inocencia, llegando hasta la desenvoltura y descaro: y despues, reprendida por Aparicio, á suplicarle con lágrimas, que á lo menos la admitiese por su Esposa.

Señor, ¡qué visible es la verdad de lo que en el Libro Santo de los Proverbios (5) aseguraste tu mismo: que la simplicidad, la rectitud de intencion pondrá siempre en salvo al Justo, y lo dirigirá sin peligro! La simplicidad, sí, la simplicidad fue la que revistió á Aparicio de pureza, quando en Salamanca se desnudó de la castidad la Dama: con estas sencillas palabras la dió Aparicio una vergonzosa repulsa: *Pareceme, Señora, que de estas cosas no hemos de ser testigos los hombres.* Semejantemente triunfó en San Lucar de la Doncella lasciva, cubriéndola de confusion con su fuga. Á la Joven de Ayamonte, con su virtud, sus exhortaciones sencillas, la reduxo á que enmendara sus yerros en el retiro de un Claustro. ¡Ó Aparicio, ó Aparicio! ¡Ó santa simplicidad quanto puedes! Quando contemplo, Señores, la franqueza con que se desembaraza de peligros tan funestos, (y no por una virtud puramente filosófica, genial, ó por efecto de insensibilidad, en un hombre que en la edad mas abanzada no perdonó ni la menor diligencia para prevenir los asaltos de tan temible apetito.) Decia, que quando contemplo eso, Señores, uniéndolo con las circunstancias en que obra, nunca acabo de admirar, ni la hermosura amabílisima de la santa sencillez, ni menos la facilidad con que eleva á el espíritu al heroismo mas sublime. ¿Pues no parece que en sus años juveniles, desde los primeros encuentros obraba yá naturalmente Aparicio contra la naturaleza misma? ¿Á quien no ha de enamorar el denuedo con que reprime las pasiones en sus mas ardientes impulsos? ¿Es otro que este el caracter mas noble de las almas generosas? ¡Ah! Muchos tuvieron esfuerzo para emprender y concluir las acciones mas brillantes, para avasallar las Naciones; pero los subyugó la lascivia, porque les faltó el esfuerzo para dominar su apetito. Yo me acuerdo, que la mayor gloria que celebran las historias de Scipion, ni fue la rendicion de Cartagena, aun apenas combatida, ni la que obtuvo por Anibal y Cartago; la que se aplaude justamente por mayor fue, restituirle al Joven Alusio su Esposa, restituirsela incorrupta. La verdad: si el orgullo que infunde la victoria al Vencedor: si los atractivos de una hermosura: si los ardores de la juventud: si la representacion de un General Romano, eran incentivos eficacísimos para precipitar una pasion provocada: digno fue

(5) *Simplicitas Justorum diriget eos.* Prov. cap. 21.

de la mayor alabanza, hacerlos insuficientes para corromper la moderacion de este Héroe: mas por este hecho solo, la Alma de Scipion pareció tan grande al mundo, que á él, mejor que á sus hazañas, debió (segun el sentir de muchos) ser terror de la África, objeto de la admiracion de los siglos, y de la misma Roma, aun desterrado en Literno.

Pero si su situacion elevada le proporcionaba á aquel General invicto el goze de una hermosura; Aparicio no solo tenia proporciones, sino que el deleyte mismo le brindaba, lo provocaba, lo perseguia, y á brazo partido lo violentaba á gozarlo. Aquel tuvo unos poderosos motivos que lo retraían de cometer un delito, la compasion, el buen exemplo, el honor; este, no descubria sino alicientes muy dulces para condescender, yá que no quisiera con una torpeza infame, con un honesto himeneo: porque verse libre de un estado servil que lo precisaba á buscar su subsistencia, á costa de peregrinaciones, sumisiones y trabajos; adquirir unas facultades bastantes para socorrer á los suyos (que fue el designio que lo sacó de la casa de sus Padres) y todas las otras ventajas de unos desposorios honrosos: para un Joven pobre, inexperto, virtuoso, acosado de tantos peligros que invadian su castidad, parece que nada tenian de retrahente. Por último, quien sabe lo que hubiera resuelto Scipion con la bella Esposa de Alusio en los casos de Aparicio: sin quien sabe: el espíritu de Scipion tan celebrado de grande, hubiera desmayado sin duda, hubiera atropellado con todo, y se hubiera envilecido: porque solo el amor á la virtud, el amor puro de la virtud, puede dar tal fortaleza, tal heroicidad al espíritu. Con todo, un San Gerónimo, sepultado en vida entre los horrores de una caverna espantosa, ¡qué conflictos! El canto de una muger enciende su fantasia, é inflama su anciano y despedazado pecho, no obstante el eco funesto de la trompeta del Juicio: y semejantemente los Santos mas asombrosos: pues ¿las zarzas, los estanques helados, el fuego, y todo género de tormentos, no son testigos de la afliccion que en tales casos padecieron sus espíritus? ¿Pero el sencillo Aparicio? Con sola la sencillez sacude de sí francamente el peso de la tentacion mas enorme. Dexadmelo repetir: ¡no sé hasta donde se debe admirar la hermosura amabilísima de la santa sencillez, y la facilidad con que eleva al espíritu al heroismo mas sublime!

Señores, yá me dexaba llevar demasiado del asombro, y estos no son mas de los principios, los ensayos del heroismo que llegó á alcanzar Aparicio con la santa sencillez. Es menester todavia que sigamos con reflexion sus progresos. Y no os parezca, que con artificio quiero encarecer demasiadamente su mérito: á vosotros mismos apelo: sed Jueces de la verdad: Aparicio (sin amontonar razones atendámos á esta sola) estaba obligado á conseguir esos triunfos: ¡Ah, pobre, infeliz de Aparicio, se hubiera perdido, si hubiera dexado arrastrarse del deleyte! Luego si alcanza unos triunfos mas dificiles, sin ser acosado del peligro de perderse, ¿qual será su heroicidad? En efecto ello es así: escuchadme, vereis si tengo razon.

De nuevo, y por un modo admirable, le sacrifica á Dios su integridad virginal, ¿consagrándola solamente por voto? ¿retirándose á la

soledad para precaver los peligros? Todavia no es tiempo de eso: Dios quiere para su gloria, para demostrar quanto puede la simplicidad evangélica, que Aparicio haga de su virginidad quantos usos son posibles: En el Matrimonio, Señores, en el Matrimonio ofrece á Dios su integridad virginal. Aparicio, ¿qué Teología es esa, te dirán todos los Sabios del mundo? ¡Es una temeridad lo que intentas! ¿No sabes que lo que aconseja San Pablo es, que se case solo el que fuere incontinente? *Quod si non se continet nubat*; (1) pero que de lo contrario, lo mejor es no casarse: *melius facit.* (2) Qué ¿es medio proporcionado para guardar la pureza habitar familiarmente con una muger, y teniendo sobre ella los derechos de marido? Consulta, Aparicio, á los Sabios, y hallarás que todas las historias estan llenas de los exemplares ruinosos, que funestamente há visto el mundo en los mayores hombres por la familiaridad con mugeres. Los Santos Padres no hallan expresiones bastantes para significar el peligro que hay en su continuado trato: con San Agustin, San Gerónimo, San Basilio &c. asegura San Bernardo, que es mas facil resucitar á un muerto, que habitar siempre con una muger sin perder la castidad. (3) Pero dexemos todo eso: ¿Sabes tú acaso lo que es menester para no pecar mortalmente, celebrando un matrimonio, quando se contrae con propósito de guardar virginidad? ¡Oh! eso pende de unos conocimientos nada vulgares de los principios teológicos, de unas precisiones subtiles, pertenecientes á la substancia y al fin de este Sacramento. Y tú, un pobre hombre sin letras, un sencillo Labrador, ¿te presumes acertar en negocio tan dificil? Por último ¿qué te mueve, quales son tus designios en casarte? *Los de imitar* (decia Aparicio) *la pureza con que en sus Desposorios castísimos vivió la Santísima Virgen con el Señor San Joseph.* ¡Imitar exemplar tan soberano! ¡Imitar lo que fue práctica asombrosa de una virtud sin exemplo, de la castidad mas sublime que cabe en pura criatura, qual fué la de la Santísima Virgen! ¿Qué concepto tienes formado de tí? Pero vamos: aun quando fueras capaz de resistir constantemente los impulsos de la carne, ¿como podrás hacer que tu Esposa no sienta esos movimientos? Pues en el caso que los ardores de la concupiscencia la asalten, te pierdes si la dexas abrasar; ó á costa de tu virginidad has de condescender con lo justo. Vaya, vaya Aparicio, reflexa que tu ignorancia es.....

¡Prudencia humana, enmudece: estremécete y suspira: póstrate y adora los oráculos de la santa sencillez! El hombre sencillo tiene por regla muy superior á tus luces el testimonio de Dios, que asegura, que no errará en sus caminos el que procediere con una intencion sincera: ¡Con quanta verdad pudo decir Aparicio: *Quoniam non cognovi litteraturam introibo in potentias Domini*! (4) Sabiduría del mundo, yo no entiendo tu lenguage; pero esta sencillez misma sé que me conduce con seguridad, á

5

(1) Epist. 1. ad Chorint. (2) Idem.
(3) *Cum foemina semper esse, & non cognoscere foeminam ¿non ne plus est quam mortuum suscitare?* S. Bernardus Serm. 65. in cantica.
(4) Psalm. 70. ℣. 17.

practicar aquellas cosas, en que el poder del Señor resplandece con mayor magnificencia. Así que, tan distante de temeridad estuvo la resolucion de Aparicio, que pasando hasta las segundas nupcias, supo acertarlo todo con una prudencia altísima, y elevarse sobre la perfeccion, aun del consejo con que San Pablo amonesta á que no se casen los Viudos: *Solutus es ab uxore, nolli quaerere uxorem.* (1) Porque Aparicio, Señores, derrama delante de Dios las mas fervorosas súplicas para que lo dirija é ilustre: solicita con la mayor diligencia para Esposas, á aquellas solo que por inspiracion divina conoce conformes á sus designios. Pues en México ¿no se negó á las súplicas de un principal Ciudadano, que haciéndole un explendido convite, con su ilustre parentela, poniéndole á su hija al lado, le significaba con todos la complacencia, que tendria en verla desposada con él? Pero no, no era esta la que Dios le destinaba: ni otras muchas que quisieran ser Esposas de un hombre rico, gallardo, virtuoso, lleno de honradez y de prendas. Á mas de esto, Aparicio tampoco se obliga con ellas por voto, sino que hace no mas que un propósito simple de guardar virginidad en el matrimonio, y eso baxo de la condicion amplísima, *caso que nos sea posible*: esto es, caso que Dios los asistiera con una gracia especial: caso que fuera este propósito del mayor agrado de Dios. Y ved aqui, Señores, evidentísimamente, que con estos principios que la sencillez le inspira, en nada puede encontrar tropiezo ni dificultad alguna: él hace rodar sobre estos dos exes la gran máquina de un negocio, á la verdad el mas arduo, y todos los resortes corresponden con un arreglo admirable á la mayor perfeccion.

Porque suponiendo estas cosas, ¿qué lugar hay de dudar que sus matrimonios no eran de aquellos que dividen el corazon entre Dios y la muger? En efecto, era una clase de matrimonios tan santos y tan perfectos, que en ellos se consagraban por entero los dos corazones á Dios. ¿Y habrá quien diga que tales matrimonios son contrarios al consejo de San Pablo? Aparicio no se casa con qualquiera: hace quanto está de su parte para no desmerecer de Dios la gracia de eleccion, que instantemente le pide. ¿Y pueden señalarse otros medios mas proporcionados que estos para proceder con arreglo á la prudencia? Guardar virginidad en el matrimonio, caso que les sea posible, es lo que únicamente prometen. ¿Hay aqui sombras siquiera ni de un peligro remoto? ¿Quien puede atreverse á decir que en este sentido reprueban los Santos Padres la familiaridad con mugeres? ¿Qué estos son los exemplares ruinosos que presentan las Historias? Á mas de que con su virtud, con su exemplo, con la gracia que espera de Dios, inspirara Aparicio en sus Esposas sentimientos de pureza: y no estando ellas obligadas á esta, sino en el caso solo de que Dios las quiera conceder ese Don, ¿como há de caber en un juicio racional que tales Consortes se pongan por eso en peligro de perderse? Finalmente, si Jesuchristo mismo nos amonesta en muchos lugares que imitemos sus exemplos, que seamos perfectos, como lo es Dios nuestro Padre ¿con qué valor se llama temeridad proponerse imitar las virtudes de su

(10) Epist. 1. ad Chorint.

Madre en quanto fuere posible? Con que ¿no es laudable en un discípulo hacer todos los esfuerzos para imitar á sus Maestros? ¿Se le puede dar á esto el nombre de temeridad, de presuncion, de soberbia? ¡Ah! sin las precauciones prudentísimas de que se valió Aparicio, sin aquella condicion *caso que nos sea posible*, con que se aseguró totalmente de qualesquiera peligro, son el objeto de las glorias, de las delicias de nuestra Madre la Iglesia, los matrimonios de Santa Pulqueria y Marciano, de los Santos Julian y Basiliza, Henrique y Cunegunda, Cecilia y Valeriano, Elceario y Delfina. Pues si esta aprobacion tiene á su favor Aparicio, invente, invente la nimiedad quantos escrúpulos quiera: abulte con cabilosidad la sabiduría del mundo sus aparentes razones: nada importa: con sola su sencillez todo lo desvanece Aparicio. ¡Ó simplicidad evangélica! ¡Ó sencillez admirable!

¿Como hiciera yo, hombres, seais de la clase que fuereis, para persuadiros quanto quiero con los hechos de Aparicio, lo que la santa sencillez facilita la práctica de las empresas mas arduas? Sí, Christianos, sí, Christianos: es la santa sencillez, como aquella luminosa nube, que conduciendo felizmente con su claridad á los Israelitas por los mas intrincados caminos, esparcía al mismo tiempo tinieblas impenetrables, con que para los Egipcios se volvian inaccesibles: Para los que se entregan con confianza en los brazos de la santa sencillez, viene á ser esta, una luz clarísima y apasible, que les descubre serenamente los rumbos, quanto mas secretos, mas derechos, mas fáciles para elevarse con rapidez y seguridad así á Dios; pero es toda obscuridad para los que la desprecian: tinieblas, que causan mil extravios, llevándolos de precipicio en precipicio, hasta abismarlos en el caos de su soberbia. ¿No fue la sencillez, la pureza de intencion, el deseo sincero de hacerse agradable á Dios, el que inspiró á Santa Lucia (á una pobre muger sin literatura alguna) aquella respuesta con que confundió al Tirano? *Si por fuerza hicieres que mi castidad se viole, me duplicará Dios el premio de la pureza.* Y Origenes (que era el hombre de su siglo) ¿como se portó, amenazado de que si no idolatraba, sería entregado á un Etiope para que abusase torpemente de su cuerpo? No alcanzó á responder, lo que una muger idiota, y se rindió á idolatrar. No lo dudemos, Señores, lo que enseñaba San Pablo, (1) yá lo habia demostrado Aristóteles (2) con la luz de la razon, que el amor sencillo de la virtud, influye la sabiduría verdadera, y el modo mas recto de juzgar todas las cosas..... ¿Y porqué he de detenerme para ofrecer la última prueba de lo que la santa sencillez facilita la práctica de las empresas mas arduas? Sí, Señores, me atrevo á decirlo así, que desafio á todas las Universidades del mundo, á que no atinan, para la direccion de un negocio tan dificil, con otros medios tan llanos, tan oportunos, tan circunspectos, tan seguros, como los que le dictó la sencillez á Aparicio.

Á mi no me queda duda de que fue sublime y absolutamente

(1) *Spiritualis homo judicat omnia.* ad Chorint. 12.
(2) Aristoteles lib. 10. Ethicor. cap. 5.

soberana la prudencia con que resolvió casarse: mas para dar el último toque á el poder de la sencillez evangélica, reflexemos brevemente sobre la grandeza de la accion, á que induxo esta tan facilmente á Aparicio, y en virtud de la que la desempeñó con una perfeccion asombrosa. La virginidad, Señores, por sí misma es una virtud heroica, de suerte que forma Mártyres, dice el Padre San Ambrosio: (1) y asi como excede á la naturaleza, tampoco cabe en el entendimiento del hombre. Esta virtud es mas heroica quando se conserva expuesta á gravísimos peligros: pero es heroicísima, quando estos peligros gravísimos son por mucho tiempo freqüentes: y tal es la virginidad conjugal. ¿Qué presencia de espíritu no debe ser necesaria, para retraer la voluntad de los alicientes dulcísimos, poderosos, continuos, é inevitables, que han de experimentar los consortes? ¡Vivir poseido de un amor tierno, con una Esposa joven, delicada, hermosa, docil, expresiva, estudiosa en complacer al marido! ¡Tratar familiarmente con ella á solas, de dia, de noche, en qualquiera circunstancia! ¡Sentir inflamado el pecho.....! debo abstenerme por respeto á este lugar de pintar filosóficamente el mecanismo con que obra el amor carnal en el alma, ¡qué poder! ¡qué dulce fuerza! Pero un pasage histórico se me viene á la memoria, que da á entender bastantemente sin esas pinturas quanto yo quiero decir. El ínclito Rey Colomano, que á presencia de la muerte misma supo mantenerse impertérrito, yá quando los rebeldes intentaron destronarlo, yá quando en Esclavonia y Bosna persiguió vivamente la heregía, y yá quando perdió generosamente la vida á manos de los Scitas en defensa de la Ungria. Este Héroe pues, todo corazon, todo esfuerzo, al ver un dia á su Esposa Santa Salomé, con quien habia hecho voto de virginidad, desfalleció tanto acometido del ardor del apetito, que saliéndose de sí, y del retrete en que se hallaba su Esposa, no sabía mas que exclamar transportado en tanta perturbacion: ¡Ó buen Jesus, de quanto, de quanto me privo hoy por tu amor! Pues de lo mismo se privó perpetuamente Aparicio; pero aqui era él el Santo: allá Santa Salomé. De lo mismo se privó perpetuamente Aparicio; pero perseguido por eso, con suma tenacidad de los Padres de su Esposa, hasta intentar obligarlo por Justicia al uso del matrimonio. De lo mismo se privó perpetuamente Aparicio; pero Aparicio era libre: sin culpa podia usar del matrimonio; no así Colomano y otros Santos. De lo mismo se privó perpetuamente Aparicio; pero lo hizo en dos matrimonios: lo que con las circunstancias (en quanto yo sé á lo menos) carece de exemplar en la Historia. (2) Vaya, quedemos en esto, la heroicidad de la accion que desempeñó Apa-

---

(1) *Non ideo laudabilis virginitas, quia in martyribus reperitur: sed quia ipsa Martyres faciat.* S. Ambrosius lib. 1. de Virginibus circa medium.

(2) Aunque Beda, Historia de Inglaterra: Mabillon segundo siglo: Benedictino Baillet 23 de Junio, y otros, aseguren que Santa Audry Reyna de Northumberland, hija de Anne Rey de los Ingleses Orientales, contraxo dos matrimonios, y en ambos conservó virginidad; no consta que solo se hubiera obligado á esta con propósito simple y condicionado, como lo hizo el B. Aparicio: á mas de que, con permiso de su segundo marido, se retiró á la Abadía de Coldinghan, en donde fundó un Monasterio, de que fue electa Abadesa por San Wilfrido Obispo de York.

ricio, no es para todos los Santos. ¿Y quien sabe si há habido otro Aparicio en el mundo? Porque esto de presentar todo el cuerpo á los peligros, hacerles frente con intrepidez y constancia, y al mismo tiempo con una serenidad admirable, ¿quien, quien lo há hecho en las circunstancias que el incomparable Aparicio? Su alma dependia de su cuerpo para sus operaciones, esto es, su alma tenia con su cuerpo, su cuerpo tenia con su alma aquel maravilloso comercio que la naturaleza dispuso ; pero si un Angel hubiera tomado aquel cuerpo, habitando en él como meramente asistente ¿obrara con mas pureza y con mas desembarazo?

Todavia no es esto todo: yá parece que perdemos de vista la heroicidad á que elevó su sencillez á Aparicio, y aun no hemos tocado el punto de toda su elevacion. Porque la zarza, que rodeada de un fuego voraz no se abrasa y conserva su verdor, ¿como se vestirá de hermosura quando se trasplante en un terreno fecundo, en donde las vivificantes aguas la bañen con abundancia? El que en el centro mismo del horno de Babilonia supo conservar frescura, ¿qual será el temperamento que goze, quando como Loth esté lejos de las llamas? Yá me entendeis, Señores, que quiero hablar de aquella castidad heroicísima, á que por voto se obligó Aparicio en mi Religion Seráfica. ¡Oh! yo aquí no me puedo explicar de otro modo, que notando el peso que entonces, y ya octogenario, daba aun á los mínimos ápices. ¿Hace noche en casa de un Bienhechor, quien deseoso del alivio de un anciano fatigado le insta á que admita siquiera una almohada? Pues Aparicio que sabe lo que con el regalo peligra la castidad, por ninguna suerte quiere admitir ni ese alivio. ¿Peligra su vida con la agudeza de un gravísimo dolor? Pues antes quiere morir, que una Señora devota le aplique unos pañuelos calientes. ¿En este mismo Templo, postrado delante de Dios, advierte que se halla cercano á alguna muger? De rodillas huye al punto. ¿Sabe que hay muger en casa? ¿Pero qué? En una palabra: para Aparicio nada hay despreciable ó pequeño, en llegando á esta materia: todo, todo le parece de gran consideracion. ¡Ay Señores, lo estais sintiendo vosotros, y yo lo conosco así, que mis expresiones son muy tibias, vacias de aquella fuerza y uncion con que debia, y deseo hablar, quando contemplo en esta esfera la castidad de Aparicio! Que he de hacer: hé, supliré mi defecto poniendoos delante los testimonios divinos: Levantad, levantad los ojos, y atended á la silenciosa energía con que realza su pureza, la incorrupcion, que á pesar de las leyes naturales, de las diligencias con que se empeñaron los hombres á reducirlo á cenizas, conservó ese adorable Cadaver en el lugar de la misma corrupcion, y conserva todavia. Volved la vista, y admirad aquella azuzena fragrante, que milagrosamente nació en un vaso al contacto de sus labios. Sí, estos y otros semejantes prodigios, de que abundan sus historias, con mas eficacia que la eloqüencia de todos los Oradores, os inspirarán los sentimientos dignos de su virginal pureza, que en vano me esforzaria yá á excitar.

¡Pero qué me há sucedido! No: Bien está. Como á quien vuelve de un rapto, en que lo tenia encantado algun delicioso objeto, que se le representa la duracion del transporte, de solo algunos momentos: así me

parecia á mí, que habia corrido ligeramente por la castidad de Aparicio, quando advierto, que para dar una idea cabal del Héroe, ni aun abusando de vuestra benignidad, me podia bastar el tiempo para engrandecer todas sus otras virtudes, si procediera con un discurso uniforme; pero luego reflexé que su castidad solo bastaba. ¡Feliz yo si hubiera hecho comprehender su rara sublimidad! Nada me quedaria que decir; no porque falte materia, ¡ó...! Aparicio, si no con mayor, á lo menos con igual perfeccion, que la castidad, practicó todas las demas virtudes; sino porque, como enseña Jesuchristo, (15) segun la exposicion del gran Padre San Gregorio, (16) una castidad grande no puede adquirirla el que no se exercita constantemente en todo género de virtud. Con quanta razon por cierto: sí, la castidad, Señores, es una virtud tan excelsa, que eleva á los hombres sobre los Angeles mismos: que sea purísimo un espíritu que no está sujeto á las impresiones del cuerpo, es una excelencia que su naturaleza la exîge; ¡pero que la alma de un hombre, gravada con el peso de la carne, llegue á levantar el vuelo hasta apropiarse esa excelencia del Angel! no se lo puede deber mas que á los nobles esfuerzos con que haga, digamoslo asi, levitar de modo la carne, como si aniquilara el peso que la detiene en la tierra, la ligacion que la ata á los objetos sensibles: vida de Angel no se puede concebir sin operaciones de Angel. De aqui es, que quando yo considero que la morada propia, y el Templo donde la castidad tiene fixado su asiento, es solamente el Empireo, me figuro que al hombre que quiere familiarizarse con ella, debiendo penetrar los Cielos para llegar á su altar, le es preciso hacer una escala de virtudes, como la que vió Jacob, que afirmando la primera grada en la tierra, se levante hasta apoyar su extremidad sobre el Trono mismo en donde tiene su asiento esta divina virtud.

Por tanto juzgo, que en suposicion de estas cosas, yá nada pudiera deciros, capaz de avivar la admiracion acerca de las virtudes del Castísimo Aparicio. Porque si para realzar su fé, su esperanza y caridad, os alegara los deseos ardentísimos que tenia de la propagacion de la Iglesia: haber distribuido á los pobres lo poco que habia reservado de su hacienda, y en aquellos tres dias mismos en que dudaban tanto los Religiosos admitirlo á la Profesion por su edad septuagenaria: no alterarse, por la confianza en Dios, con la presencia de los infernales espíritus, que lo maltrataban visiblemente en formas horrorosísimas, *ni aunque viera tantos como mosquitos*, que era su expresion comun: meterse con esa misma confianza entre los Chichimecas, solo, y docilitar su barbarie: en noventa y ocho años de vida no haber cometido jamas culpa grave, como consta en sus procesos: casarse dos veces, no mas que, como decia, *por criarle á Dios dos palomitas blancas como la leche*: emprender las cosas mas arduas, entre ellas abrir el camino carretero de México á Zacatecas, por el amor á sus proximos: dotar Doncellas: libertar con su dinero á los Reos por dependencia: en una palabra, no trabajar mas que para socor-

(15) Lucae cap. 12. (16) *Nec castitas ergo magna est, sine bono opere.* S. Gregorius Homil. 13.

rer á todo necesitado, por lo que vino á ser conocido, quando Secular, con el título de Padre de los Pobres, quando Religioso, con el de limosnero de ellos, y de este Convento, dándoles, ó si el Guardian lo prohibia, dexándose quitar hasta el hábito y el manto: visitar, curar enfermos, apagar discordias, reparar la hacienda y la fama de sus próximos, y otras cien cosas que aqui no pueden decirse, y publican sus historias: Aunque alegara, decia, todo esto, en mi opinion no se podia descubrir todo el fondo heroicísimo de su fé, esperanza y caridad, sino cimentando primero el discurso en su singular pureza. Es verdad que el admirable conjunto de las virtudes teológicas y morales demuestran una santidad sublime; pero no obstante, con ellas el Héroe aun puede parecer defectible; mas el que llegó á hacerse propia una pureza altísima, rarísima, qual fue la del incomparable Aparicio: ese, ese se ostenta casi confirmado en quantas virtudes hay. ¿Puede llegar á su posesion pacífica, el que no haya pasado (lo diré de esta manera) por encima de la heroicidad de todas?....Dexemos en este estado las cosas: vamos, vamos interrumpiendo un elogio que se há prolongado mucho, y no puede ser prolixo: demosle pues á la utilidad algo de lo que hasta aqui se llevó la admiracion.

Con que, Señores, (no tanto por lo que he dicho, quanto por lo que habeis escuchado en estos dias de otros Oradores sabios) con que ¿os há asombrado la santidad de Aparicio? ¿Os habeis hecho yá cargo del punto de elevacion á que llegó su virtud? Hablo con toda clase de gentes, Eclesiásticos y Seculares: gentes de todos estados, de qualquiera condicion, aunque sea la mas grosera: ¿Y qué os parece ingenuamente? ¿Os hallais capaces de seguirlo, de imitar su heroicidad? Tentad, tentad vuestras fuerzas. ¡Ó! yo en vez de alentar la flaqueza, acaso temería amedrentaros con la dificultad de adquirir una perfeccion tan grande, si no hablara de Aparicio; pero de ningun modo es así, porque este es el caracter noble, este es el distintivo glorioso que hace tan recomendable al Santo que Dios nos há dado, Compatriotas dichosísimos, que hace tan plausible su Beatificacion á la Iglesia universal, ser Aparicio un modelo de la santidad mas grande, y que á toda clase de gentes enseña con facilidad á adquirirla, ser un Santo para todos los estados, ser un Santo universal. ¡Ah! y qué consuelo para aquella pobre gente, que por su ninguna cultura, por la escasez de sus luces suele ver como imposible llegar á la perfeccion de los Santos! Pues sí, vosotros, pobrecitos, vosotros, y todos podeis facilmente ser lo mismo que Aparicio, y serlo por unos rumbos seguros, breves, comunes y fáciles: para eso lo puso Dios en su Iglesia, para que enseñando esos rumbos, viniese á ser como un Apóstol de la simplicidad evangélica: porque creedme, hermanos mios, (no os anuncio mas que la verdad desnuda) lo que santificó en tanto grado á Aparicio, solo fue el cumplimiento de las obligaciones mas comunes y ordinarias, practicadas con rectitud de intencion, esto es, con simplicidad, sencillez. Dispensadme que no cierre aqui el discurso: es este un punto tan importante, que es fuerza no disimular nada para que quedeis convencidos.

Y en suma, ¿qué me podeis oponer? ¿Su contemplacion nunca in-

terrumpida y altísima, de suerte, que los Varones mas doctos y espirituales depusieron con juramento (así consta en los procesos) que Aparicio fue acreedor á la Laureola de Maestro en la ciencia del espíritu? ¿Qué me podeis oponer? Que era tal su penitencia, que si dormia, estaba ceñido con el cilicio que se le internó en las carnes, llagado con las disciplinas sangrientas, roto el pecho á los golpes de una piedra; recibiendo sobre sí las nieves y las aguas de los Cielos, ó despues de haberse metido en los estanques helados, mojando en ellos el hábito para cubrir todo el cuerpo de un tormento general: y eso sobre el suelo desnudo, en las posturas mas incómodas, que estudiaba de propósito. ¿Qué me podeis oponer? Que si comia era el pan basto de maiz, de que usan en estas partes los Indios, sin usar algo de carne, sino en los dias muy solemnes, ó en una enfermedad grave: que si bebia era sola agua natural, y tan poca, que á veces se le pasaban dias enteros sin gustarla: que si caminaba, era descubierta la cabeza, los pies desnudos, cuyas abras, para que no le impidiesen sus viages, hacía que á punta de lesna las cerrase un Zapatero: y todo esto cargado de años, con dos facturas molestas y peligrosas, rota la canilla de un brazo, que no permitiendo la curasen mas de la primera vez, dexó que las tablillas que le ligaron al brazo se cubrieran con la carne, y unciendo asi bueyes, conduciendo carretas cargadas por caminos dilatados y dificiles. ¿Qué mas podeis oponerme? Que si no podia resistir las instancias con que en los crudos Inviernos hacian sus devotos que se acercase al fogon, se acercaba de manera, que la actividad del fuego lo desnudaba del cutis, abriéndose él al descuido con las uñas muchas dolorosas heridas. ¿Qué mas podeis oponerme? Que su pobreza lo hizo, quando Secular, solo para sus proximos rico, no alcanzando para sí mas que un ordinario, tosco y muy escaso sustento: quando Religioso, lo privó, por lo comun, hasta de la asignacion de una celda, de modo, que buscándolo la muerte, lo halló en un rincon del Convento, porque solos estos, los corrales y azoteas eran la habitacion de Aparicio: que su liberalidad nunca se pudo dar por contenta, ni aun despues de haber endonado con escritura su caudal, y hasta su Persona misma á las Religiosas de Santa Clara de México. ¿Qué mas podeis oponerme? Vaya, no os fatigueis, en una sola expresion os voy á significar quanto pudierais decirme: esta es la misma que hizo Aparicio, estando yá al espirar, quando el Guardian lo exhortaba á que con la contricion solicitase la gracia de Jesuchristo. ¿*Ahora* (respondió) *habiamos de aguardar á eso*? *Muchos dias há que nos conocemos, y somos amigos viejos. Gracias á Dios no tengo cosa que me dé pena: el Demonio no tiene que ver en mí, yá está vencido, y se há ido para quien es: todo lo veo en paz: el Señor sea bendito.* ¡Ah que expresiones tan valientes! ¿No se infiere de ellas quanto pudierais decirme? ¡Pasmarian sin duda hasta á los mayores Santos! ¡Qué dixeran de Aparicio, al oirlo prorrumpir de este modo, los Antonios, los Macarios é Hilariones.

Pues Hermanos mios, con todo esto, yo me mantengo en lo dicho, que lo que santificó en tanto grado á Aparicio, no fue mas que el cumplimiento sencillo de las obligaciones muy comunes y ordinarias. No

hay duda, Católicos, así es, lo dice San Pablo, (1) que la mayor santidad no consiste en otra cosa: *Vocatione, qua vocati estis*. Las demas acciones, por extraordinarias, por heroicas, por asombrosas que sean, mas bien que el medio de santificarse, son efecto de la misma santidad. De una vez. ¿Quereis oirlo en la boca de Aparicio? Pues el R. P. Fr. Juan de Santa Anna, valiéndose de la autoridad de Director suyo, lo estrechó á que le declarase quales eran sus prácticas principales en el servicio de Dios: Aparicio le dixo, abriendo sinceramente su pecho: *Mirad, Hermano, poca ropa* (modo afectuoso y sencillo con que trataba á mis Hermanos Descalzos) *lo que yo hago es hacer lo que me manda la Obediencia, dormir donde puedo, comer lo que Dios me envia, visto lo que me dá el Convento; pero sobre todo, Fe dura, como azero, y no perder á Dios de vista.* Ved aqui el compendio sencillo de la mística sublime, admirable, que elevó á tanta heroicidad á Aparicio. Doctrina tan compendiosa, tan completa, tan clara, tan facil de practicar, tan importante, tan adaptable á toda clase de gentes, que nada me dexa yá que decir; pero que ella sola necesitaba de un dilatado discurso para poder demostrar ¡quan amable hace al que la practica para Dios, para los hombres! ¡Qué seguridad, qué paz derrama en el alma! ¡Qué nobleza, que generosidad de pensamientos inspira! ¡Qué fortaleza para emprender y concluir acciones grandes! ¡Qué libertad de espíritu, qué franqueza para obrar! Ella hace al hombre tan independiente del juicio y opinion de los otros, que lo vuelve insensible á todas las impresiones de aquel *que dirán*, presa que el Demonio les pone comunmente á las almas, para impedirles los movimientos saludables y virtuosos. Aparicio practicó su doctrina siempre con la mayor perfeccion: así le dixo intempestivamente á un Virrey de Nueva España: *Conde, muy chico sois, mayor era vuestro Padre.* A un Criado de un su devoto, que iba á arrojar los desechos del calzado de Aparicio: *Ola* (le gritó con denuedo) *no los arrojeis muy lejos, que algun dia los buscarán, y serán muy de provecho*: Con la misma serenidad y franqueza contaba las apariciones y favores que recibia de los Santos, especialmente de Maria nuestra Señora, de los Santos Angeles, de nuestro Apostol Santiago, de mi Padre San Francisco, de San Antonio de Padua, de San Diego de Alcalá: las luchas que tenia con los Demonios, y el modo gracioso de auyentarlos, echándoles á la cara sus....¿Pero quando acabaremos, si vamos notando casos, que comprueban los progresos tan admirables que hizo en la virtud Aparicio con la luz de esta doctrina? Sería necesario referir aqui por entero el texido de su historia. Señores, yá lo veis, me atropello á cada paso; pero no puede ser menos: cada rato me propongo hablar de Aparicio en compendio, y cada rato es preciso interrumpirme: porque ni aun así puedo representar la grandeza de Aparicio. ¡Aparicio, Aparicio, tú parecieras mayor, á no haber sido tan grande! Mas la necesidad de decir algo de todo, siempre volverá imposible el poder decirlo todo. En suma, Christianos, vamos al negocio que importa. ¿Quereis facilmente salvaros? ¿Quereis facilmente salva-

(1) Epist. 4. ad Ephesios.

ros? ¡Bendito seais eternamente, Dios mio, que nos disteis á Aparicio! Pues simplicidad, simplicidad, nada mas: Cándor, pureza de intencion, sencillez.

Políticos de artificio: hombres, que solo haceis profesion de la astucia y del engaño: falsos sabios de este siglo, cuyo estudio se coloca únicamente en afectar lo que no es, en enredar las cosas de modo, que hagais tropezar al mas habil, en proponeros un género de conducta, cuyo fin es, que los demas no os entiendan, que fingís á la política como una Deidad Págana, que no se muestra propicia, sinó con los sacrificios del doblez y la cautela: hablad, hablad ahora, contraponed vuestras Artes á la santa sencillez, haced un cotejo fiel entre una y otra política. ¿Qual de las dos asegura la paz interior del alma, que es en lo que consisten quantos bienes puede apetecer el hombre, y por tanto, el medio único que lo puede hacer feliz? Yá veis el grado de gloria, así temporal, como eterna, á que conduxo su política á Aparicio. ¿Y vosotros? siguiendo un error detestable, reprobado por Dios, la sabiduría por esencia, diametralmente opuesto á las leyes de la sociedad, á toda recta razon, y que por último ignominiosamente se viene á sepultar con vosotros, sin dexar mas que una infame, una afrentosa memoria, ¿qué utilidades podeis prometeros de él, ni en esta vida, ni en la otra? ¡Ah lastimosamente, pero con constancia, os enseña la experiencia, como por esa maldita política se os pasa amargamente la vida anhelando mas y mas! ¿Puede haber felicidad con esta zozobra, esos torcedores, ese humor melancólico que emponzoña la satisfaccion de vuestras mismas pasiones? si llegais al logro de los bienes de fortuna, por abundantes que sean, os parecen siempre pocos: si disfrutais un placer, os fastidia luego al punto, y solicitais otro nuevo: si llegais á conseguir un empleo, con la misma posesion se apaga aquel resplandor, que antes os alucinaba, y luego os inquieta la embidia por aquel que no poseis. Pero ¿quien sabe mejor que vosotros el estado de infelicidad á que es menester reducirse antes, para llegar á esto que llamais satisfacer las pasiones? ¡Hombres ciegos, hombres ciegos, llegad á conocer la verdadera Política: venid á aprender de Aparicio, á haceros con facilidad sólidamente felices! Atended que dice Dios: (1) No es la paz para los ímpios: ellos incesantemente la invocan, claman Paz, Paz; pero la paz huye ofendida de sus clamores sacrílegos. Desengañemonos, Católicos: quando Jesuchristo nos traxo al mundo la Paz, solo la anunciaron los Angeles para los hombres, que son de buena voluntad: esto es, para los de un corazon recto, para los sencillos, los simples. Sencillez adorable, dexa, dexa que te vean los mortales con toda la hermosura de que nuevamente te há engalanado Aparicio: baña sus ojos con el explendor apacible de tus luces, y basta eso para que corran todos al olor de tus unguentos. Aparicio, sencillísimo Aparicio, tú que con tanta perfeccion la poseiste, que eres el Apostol de ella, no ceses nunca de enseñarsela á los hombres. Fieles, que casi con la vista material estais tocando las luces cándidas de sencillez, que ese Cuerpo santo despide, revestios inamisi-

(1) *Non est pax impiis.* Is. cap. 48. *Pax, pax, & non est pax.* Ezech. 13.

blemente de tan singular hermosura. En efecto, así corresponde á los que por un especialísimo modo debemos ser unas vivas, animadas demostraciones, de lo que há interesado la Iglesia universal con la Beatificacion de Fray Sebastian de Aparicio. Ahora, Señores, permitidme que recoja un tanto las fuerzas, para hablar con brevedad de los intereses particulares que de esta misma Beatificacion nos hán resultado á nosotros, y es el

SEGUNDO PUNTO.

VErdaderamente, Señores, que la facundia y artificio no son únicamente los medios para mantener largo tiempo la atencion de un Auditorio: lo que es capaz de contentar nuestros intereses propios, se escucha con complacencia, y nunca causa fastidio: esto es lo que me reanima para continuar el discurso. Porque salud, honor, bienes de fortuna, y todos los naturales, en el modo que puedan conducir, á hacernos eternamente felices: quietud, paz interior, que es el sumo bien, el que por medio de los demas busca solamente el alma, y el que por sí solo basta: ved aqui en suma lo que interesamos con la Beatificacion de Fray Sebastian de Aparicio. No lo hubiera beatificado la Iglesia, á no ser indisputable su valimiento singular para con Dios, y su gran poder sobre la naturaleza. ¿Ni qué cosa mas evidente que nuestros derechos incontestables á su amparo y proteccion? No hay duda: Fray Sebastian de Aparicio tiene sobre la naturaleza un poder incomprehensible: lo demuestran sus milagros.

Entre quantas cosas hay, ninguna con mas impresion hace concebir á los hombres un poder sobre todos los poderes, como el verdadero milagro. La magestad de los Reyes, el valor de los Guerreros, la habilidad de los Políticos, y aun las Artes del Infierno, todo, todo se obscurece á vista de un verdadero milagro, que infiere necesariamente un poder, que es la misma Omnipotencia. Por eso debe distinguirse el verdadero milagro con las propiedades que la Escritura refiere (1) de aquella voz magnífica del Señor, que es la única poderosa para obrarlos. La naturaleza há de obedecer prontamente: á Dios nada puede resistirse. La gloria de Dios há de ser su único objeto: Dios no acredita las pasiones y caprichos. No hán de intervenir diligencias naturales: Dios no necesita de naturales auxilios. El que obra el milagro, no se há de prevaler de hazañerias, ú otros aparatos ridículos: Dios obra en todo con grandeza y magestad. Há de ser perfecto el efecto del milagro: en Dios no cabe flaqueza. De una vez, ni una circunstancia sola há de desdecir de la idea digna de Dios, que debemos formar, conformes á las maximas de las Santas Escrituras. Hé prevenido todo esto, porque nada tiene que reformar la mas rigurosa crítica en los milagros de Fray Sebastian de Aparicio, despues que hán pasado por el juicio de la Iglesia. Atendedme: os voy á exponer su qualidad y su número, con que llegareis á formar un juicio

(1) *Vox Domini in virtute: vox Domini in magnificentia, &c.* Psalm. 28.

seguro y firme, de que ni puede imaginarse mayor extension de poder, ni fundamentos mas sólidos para su credibilidad.

Los procesos de Fray Sebastian de Aparicio fueron absolutamente los primeros, que la Iglesia acrisoló con todo el rigor jurídico, que ahora acostumbra en las causas de los Santos. Formados antes, segun las disposiciones antiguas, se ajustaron el año de mil seiscientos quarenta y dos, á los nuevos Decretos del Señor Urbano VIII. y fue la primera causa que en Roma se reasumió en esta forma. Despues de reasumpta la causa, y de cincuenta y un años de exâmen, el de mil seiscientos noventa y tres, declaró la Sagrada Congregacion, y su Santidad confirmó el Decreto: *Constare de fama sanctitatis, virtutum, & miraculorum in genere.* Los testigos, que con juramento aseguraron uniformes la verdad de sus milagros, exceden el número de quinientos y sesenta, y excedieran el guarismo, si, como declararon los Jueces Apostólicos, no hubieran cerrado el juicio, por no hacer interminable la causa: esto sin contar las comprüebas de muchos Autores Históricos, Cartas de Reyes, Cardenales, Príncipes, Universidades, Provincias, y Religiones enteras. ¿Quereis mas seguridad? Pues últimamente se presentó un largo Catálogo, para que de todos los milagros, con total indiferencia se entresacaran los dos que determinantemente habian de controvertirse, y son los aprobados el año de ochenta y nueve por nuestro Santísimo Padre Pio VI. Con que resulta que por el espacio de ciento y ochenta y nueve años há estado entendiendo la Iglesia en la causa de Fray Sebastian de Aparicio, con la madurez, la prolixidad, la circunspeccion de que en estos casos usa: y por último, sin hallar que reprobar en la causa, pronunció solemnemente su juicio, para que no obstante las muchas contradicciones, con que pretendieron algunos obscurecer la verdad, se diesen al sejeto de ella todos los honores de Beato. ¿Qué mas credibilidad puede desearse en unos hechos tan probados y constantes? Es verdad que la Iglesia no há aprobado todos los milagros de Fray Sebastian de Aparicio: y si há tenido tiempo para conocerlos, para exâminarlos ninguno fuera bastante; pero tambien es verdad que ninguno há reprobado: y los que constan en los procesos tienen el mayor apoyo, que despues de la verdad revelada pueden tener las cosas, que solo se creen por fé humana. No puedo detenerme mas en promover este punto; pero á bien que tengo el honor de hablar delante de un Auditorio en quien está radicada, pero con sensatez y cordura, la fama de estos milagros. Ni en otras circunstancias me atreviera á proponerlos, porque cierto, su número, lo extraordinario de ellos, acaso los representaran increibles á otro Auditorio menos piadoso y sensato.

No obstante, ni aun este mismo creo me pudiera negar, que el hombre de milagros es no mas que un hombre fiel, segun la doctrina de Christo: á la fé vinculó el Evangelio (1) el poder de los milagros, y de milagros mayores, que los que obró Jesuchristo, tanto, que á Pedro quando comenzaba á hundirse al andar sobre las aguas, le dió en cara el Sal-

(1) *Amen dico vobis: Si habueritis fidem sicut granum sinapis &c.* S. Mathaeus cap. 17.

vador con la debilidad de su fé: *Modice, fidei, ¿quare dubitasti?* (1) ¿Y qual fue la de Fray Sebastian de Aparicio? *Fé dura como azero*, ya lo visteis: sus hechos lo demostraron con la mayor evidencia. Pues si se lleva este nivel en las manos para medir sus milagros por su fé, ¿quien, sin temeridad, puede poner duda en ellos por innumerables, por extraordinarios que sean? Vamos, que nos detenemos mucho, y pienso que lo dicho es bastante para poderlos referir sin recelo. Una porcion de un mil y doscientos compusieron los primeros Procesos hechos *virtute Apostolica*: esto es, dexando aparte los que no se admitieron porque carecian de número. Milagros de todas clases, estupendos, raros, y..... ¿porqué no hé de hacer de Aparicio la expresion que hizo San Pablo: *Omnia possum in eo, qui me confortat?* (2) Sí: con dependencia de Dios tuvo un poder infinito: ¿pues qué no puede hacer Aparicio? Crió vino una ocasion, y otra pan: á diez y nueve muertos les restituyó la vida: obró setecientas y ochenta y dos curaciones instantaneas: (todo consta en los Procesos) con solo su nombre se serenaron ciento cincuenta y seis tempestades formidables: de una vez, puede decirse, que su vida, la série de sus acciones fue uno solo, pero continuado milagro. El parece que tenia en las manos las llaves de la vida, y de la muerte, y que la naturaleza habia recibido un órden absoluto de su soberano Autor para obedecerlo en todo. Con esto me excusaré de numerar los sembrados que multiplicó: los que hizo fructificar estando enteramente perdidos: las veces que venció la gravedad é impenetrabilidad de los cuerpos, yá haciendo volar los Bueyes con las carretas cargadas: yá haciendo que uncidos los Bueyes salieran francamente por donde apenas podia caver uno solo: las que los brutos, las fieras lo respetaron, lo obedecieron, y aun á qualquiera que los mandara á su nombre: porque ¿qué necesidad hay de referiros por menor lo que de vuestros annales há trasladado la Iglesia? A mas de eso, nunca acabaría yo si hubiera de individuar estos casos: y es preciso apuntar siquiera los milagros posteriores á su muerte, que son la prueba absolutamente irresistible del poder, del valimiento que tiene un Santo con Dios.

Mas qué ¿es indisputablemente cierto que el año de mil y seiscientos murió Fray Sebastian de Aparicio? Ello no son tan fuertes las razones, á mi ver, con que se dudó de la muerte de San Juan Evangelista. A lo menos los indicios para conocer que habia muerto, no fueron otros, que la transformacion de un aspecto desagradable, denegrido con la penitencia y los años, en el de un Joven lozano: un color encendido sobre un apacible blanco: en las carnes una suavidad amorosa: una flexibilidad perfectísima en los miembros, y una maravillosa fragrancia que exhalaba todo el cuerpo: esto, esto solo fue lo que la noche del veinte y cinco de Febrero del año de mil y seiscientos dexó entender que yá habia muerto Aparicio; por lo demas, mantuvo constantemente las propiedades de vivo: mantuvo el calor natural: sudó varias ocasiones: abrió la mano para asegurar su proteccion á un su Amigo: para ratificar su palabra levantó otra vez el brazo: abriendo y cerrando los ojos de-

(1) S. Mathaeus cap. 14. (2) Epist. 4. ad Philippenses.

mostró que condescendia á una súplica: al cortarle un dedo se le extremeció todo el cuerpo: por qualesquiera cisura vertía sangre encarnada y caliente: y aun así permanecia el diez y nueve de Julio del año de seiscientos y uno, en que se exhumó por primera vez el Cadaver, que vuelto al sepulcro con las diez y ocho espuertas de cal, que para consumirlo le echaron desde el principio, casi al año fue segunda vez exhumado; pero tan enteramente incorrupto, que comunicando este privilegio á las cosas que con inmediacion lo tocaron, aun se mantenia verde y fresco el mazo de yerva buena, pue quando murió le acomodaron en la cavidad del vientre: la tierra y la cal pasaron de su naturaleza acre, corrosiva y alterante, á la de una substancia aromática é inocente.

Yo, si no observara que manifestó Dios con unos portentos insólitos, que tambien era portento, lo que se vió en Aparicio, creyera que no habia muerto; pero sí, murió Aparicio, y creo que Aparicio murió: porque embalsamado el ambiente se derramó en todos un júbilo irreprimible, y este, sin otra señal, conduxo á los Religiosos á la Celda del moribundo Aparicio; pero sin dexarles libertad, ni aun para cantar las preces que se hacen en tales casos. Creo que Aparicio murió: porque los sonidos lúgubres con que las campanas anuncian la funestidad de la muerte, se convirtieron, contra la voluntad de los que las movian, en repiques muy alegres, que causaban un general regocijo: y saliendo sus ecos fuera de los naturales límites, se hacian percibir en lugares muy distantes, desde donde venian á esta Ciudad á venerar (como gritaban) *al Santo que murió en San Francisco*, concursos muy numerosos atraidos de tan extraordinario prodigio. Creo que Aparicio murió: porque sin que nuestros Religiosos solicitasen su honor se congregaron en este Convento ambos Cabildos, Eclesiástico y Secular, los Prelados con sus Comunidades enteres, lo mas lucido del Clero, lo mas visible de la nobleza, y tomando los Señores Capitulares el Cuerpo sobre sus ombros, entonaron todos de acuerdo el Himno *Te Deum laudamus*, continuando despues con aquellos Psalmos alegres, de que usa la Iglesia en los Oficios sepulcrales de los niños. Creo que Aparicio murió: porque á presencia de un innumerable Concurso obró en el feretro mas de veinte curaciones milagrosas, y otra multitud de portentos en confirmacion de la gloria que gozaba yá en el Cielo. Creo que Aparicio murió: porque enviando Dios un Angel, este hizo comparecer á un Escribano, aquí en este mismo Templo, para que diese testimonio de las maravillas que se obraban por el Cuerpo de Aparicio: siendo así visiblemente Dios mismo el primero que promovió la causa de la Beatificacion de su Siervo. Creo que Aparicio murió: porque para mover á que solicitasen se culto, su Cuerpo exhaló tal fragrancia, quando el año de 1609 se leyó junto á su sepulcro la noticia de la Beatificacion de nuestro San Jácome de la Marca, que llenándose de ella al instante la Iglesia, Sacristia y Claustros, sirvió á la devocion de recreo por mas de cincuenta dias. Finalmente, entre otros motivos, creo que Aparicio; murió porque ¿quien de vosotros, instruidos aun solo en las cosas que habeis visto en vuestros dias, no admirará por prodigio, que aquel Lugar, poco distante aqui, llamado *San Aparicio*, despues de casi

dos siglos conserve esta denominacion hasta el dia? ¡Y sin que la haya reprobado ninguno; antes por el contrario, que la confirmaran con sus fechas los Pastores de esta Diocesis, aquellos Pastores, cuyo zelo halló dignos de reforma puntos de menor momento!

Pero si al descubrir la verdad del tránsito de Aparicio andan á porfia los milagros, de suerte, que por un género de prodigio el mas raro, los unos no se manifiestan, sino en fuerza de los otros: pudiendo así decirse con priedad, que no mas que por milagros se pueden conocer sus milagros: porque en cierto modo, llegaron estos á hacerse tan naturales, que para dexar de serlo era menester milagro: ¿Qué necesidad hay de proseguir adelante? ¿Para qué gravar mas vuestra imaginacion fatigada con la série interminable de los milagros posteriores á su muerte? ¿No es mas que suficiente lo dicho, para aseguraros del gran poder que tiene sobre la naturaleza Aparicio? Sí: sus historias lo publican, lo há demostrado una experiencia constante, que el sepulcro de Fray Sebastian de Aparicio es en nada inferior á los mas famosos que los antiguos celebraron en las Gaulas: á Fray Sebastian de Aparicio nunca se le podrá disputar el título de Taumaturgo de la Puebla de los Angeles.

¡Oh! feliz Puebla de los Angeles, Pais el mas afortunado de América, Iglesia siempre fecunda (los que tienen instruccion en tu historia saben quanto te digo en esto) tuyo es legítimamente, tuyo es con toda verdad Fray Sebastian de Aparicio: tú lo abrigaste en tu seno con indecible piedad, en tí halló aquellas proporciones con que hizo tan meritorio el último tercio de su vida preciosísima: tú recibiste de él las instrucciones mas útiles, las demostraciones mas tiernas, los beneficios mas singulares, mas grandes, y por fin, en prendas de su gratitud, de su amor, te dexó á tí el inestimable tesoro de su Santo Cuerpo incorrupto. ¡Qué derechos tan incontestables! ¿Y qué confianza tan firme no debes tener en la proteccion y amparo de el que tan insignemente te favoreció en esta vida mortal, si reyna yá con Jesuchristo en la Gloria? Galicia, Nobilísima Galicia, á quien la España entera es deudora (como consta en sus annales) de toda su felicidad temporal y espiritual: Galicia, que has dado tantos Santos á la Iglesia, que has llenado al mundo de Héroes, y á quien esta América agradecerá eternamente que la hicieras tan feliz, por medio de aquellos tus hijos (sin referir otros muchos) del número de aquellos Franciscanos primeros, Varones verdaderamente Apostólicos, que fundando las Iglesias de este Imperio, mejor que otros con las armas, supieron radicar en él la dominacion Española: Tú, Tú nos has dado á Fray Sebastian de Aparicio. Es tan tuyo, tu derecho es tan constante, que á mas de ser Él produccion de tu fertilísimo suelo, parece que Dios, confirmando ese derecho, reservó la solemnidad de estos dias de regocijo, para los felices tiempos de nuestro Prelado Illmô. de la Cabeza dignísima de este Cuerpo Franciscano, valiéndose hasta de mí, instrumento el mas vil, para publicar sus glorias. (1) Seráfica Religion de mi Padre San Francisco, ¿y qué elogio será capaz de adequar tu mérito, y tu grande-

(1) Todos fueron originarios de Galicia.

za? Aun sola la de está Provincia del Santo Evangelio de México ¿no há dado copiosísima materia á volúmenes enteros? ¡Ah Valencias, Gantes, Cisneros, Sotos, Fuensalidas, Xuares, Rivas, Benaventes, Coruñas, Córdovas, Palos, &c. &c. &c. nombres gloriosos, nombres de honor, nombres magníficos, siempre ocupareis la principal parte de la Historia de esta América, que hicisteis tan floreciente! Pero todo sobra aqui: en la Puebla de los Angeles basta tu nombre no mas, para hacer todo tu Elogio: y esto bastaba en los tiempos anteriores. ¿Qué, quando ahora te reconoce por Madre de Fray Sebastian de Aparicio? Labradores, Comerciantes, Artesanos, Celibes, Casados, Viudos, Españoles, Indios, Gentes de todos estados, de qualquiera condicion, vosotros lo publicais, que Fray Sebastian de Aparicio es un Santo universal: un Santo de todos, y para todos. ¿Será necesario fundar el derecho particular que tiene cada qual de vosotros á su amparo y proteccion? El interés tan grande que todos habeis tomado en solemnizar estos dias ¿no es una prueba visible de la persuasion íntima que sentís de esta verdad? ¡Oh dias alegres, momentos plausibles de la Beatificacion de Fray Sebastian de Aparicio, no corrais tan velozmente: esperad á que la avenida del gozo que inunda nuestros corazones, que yá no cabe en los pechos, pueda desahogarse en parte con las demostraciones de gratitud tán debidas, con la eloqüencia de los sabios Oradores que aún se preparan para celebrar dignamente tanta dicha: si yo no hé acertado á hacerlo, á lo menos qual es la opresion que padezco con el peso de mi ineptitud é ignorancia, tal es la intension del deseo con que anhelo á ver satisfechos nuestros cordiales afectos.

Pero sí: así lo espero: no hay duda, esos Oradores sabios, os delinearán en breve, de un modo que para mi no es posible, la gloria con que se manifestó siempre este Héroe de la Santa Sencillez, en la carrera de su vida portentosa, que terminó sin tropiezo á los noventa y ocho años de edad: ellos os señalarán con el dedo las sendas seguras y fáciles de la simplicidad evangélica, por donde sin extravio arregló siempre sus pasos, y que tan rápidamente lo elevaron al heroismo mas sublime: ellos sabrán darle todo el mérito al grado de sus virtudes, animarán sus historias, demostrarán el tierno amor que la naturaleza, la obligacion, la gratitud, le inspiran así á nosotros: finalmente, sabrán correr con destreza el velo, para darlo á conocer en sí mismo: sabrán engrandecer la gloria con que descansa entre nosotros su Cuerpo, y manifestarnos su espíritu rodeado de resplandores de la luz inaccesible con que brilla en el Empireo. Entonces, entonces se llenará la idea del objeto de estos cultos: entonces se hará visible quanto há interesado la Iglesia, y quanto hemos interesado particularmente nosotros con la Beatificacion de Fray Sebastian de Aparicio: y desde entonces, volando por todo el mundo su fama, quedará todo esto indeleblemente impreso en los corazones de los verdaderos Católicos, quienes dirán siempre á sus hijos: Fray Sebastian de Aparicio fue un Santo para todos los estados, para todas las situaciones, en que puede hallarse el hombre; pero un Santo, cuyo carácter es, enseñar á todos con la simplicidad evangélica á ser Santo facilmente: emprendia con serenidad, y concluia con denuedo las acciones mas heroicas, sin embar-

go del vilísimo concepto en que vivia de sí mismo: sabía dirigirse en las empresas mas arduas con una prudencia altísima, no obstante su simplicidad é ignorancia: en el estado de obscuridad y pobreza, no se envilecía su espíritu, y se manejaba con tal ayre y señorio, sin faltar á la humildad, como si viviera en medio de la abundancia; y quando se halló con abundancia de bienes, se trataba como si se viera oprimido del rigor de la pobreza: porque siempre para sí mismo fue pobre, siempre para sus proximos rico: era grande en los trabajos, y mayor en el desprecio con que toda su vida miró las grandezas y la felicidad de este mundo; pero anhelaba sumamente, todo quanto era él, se ocupaba, en solicitar el consuelo de qualesquiera afligido: casi aniquiló las pasiones, parece que llegaron á faltarle enemigos contra quienes combatir; sin embargo enteramente desconfiaba de sus fuerzas, usaba de la mayor precaucion aun en casos de materia indiferente: con una alternativa perpetua, á veces parecia Angel sin cuerpo, á veces cuerpo sin alma; no obstante, sin intermision afligia terriblemente su cuerpo: todo era vida para los intereses de la alma. Fue un Santo, á quien el candor de la simplicidad evangélica llenó de todo género de virtud: porque en suma, fue un heredero legítimo de aquel espíritu que el gran Francisco de Asis deseó tanto infundir á todo el mundo, y un heredero que lo poseyó en un modo singular. Fue un Santo, á quien Dios le comunicó un inefable poder: poder, probado por la fé de las historias, por la experiencia constante, por la autoridad de la Iglesia, poder universal, y como absoluto sobre todas las criaturas: poder que no nos puede faltar siempre que sea necesario el que á beneficio nuestro, y para gloria de Dios, se obre alguna maravilla: porque es un Santo que no puede desatender nuestras súplicas, sin la nota de infidelidad, ingratitud, ó indolencia. Por último, hijos, Dios para nuestra utilidad há depositado todo su poder infinito en Fray Sebastian de Aparicio, y él es el mismo Evangelio animado: él es como un compendioso mapa, en que solo estan demarcados los rumbos mas derechos, mas breves, y mas seguros para llegar con facilidad á la eminencia de las mas heroicas virtudes: y es por todo esto las delicias de la Iglesia, gloria de la Nacion Española, explendor de la Galicia, lustre de la Religion Franciscana, honor de la Provincia del Santo Evangelio de México, apoyo firmísimo del Reyno de Nueva España, y con especialidad de la Puebla de los Angeles. Así que, hijos mios, amadlo con particular ternura, nunca la perdais de vista, estudiadlo con una reflexìon séria, si deseais conseguir en este mundo sólida felicidad, y verdadera grandeza, que os colmen eternamente de gloria en la Bienaventuranza, que yo á todos les deseo. Amen.

O. S. C. S. M. E. C. A. R.



F. J. M. D. A.